

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.^a É P O C A

Año 1954 - Número 66



SEVILLA

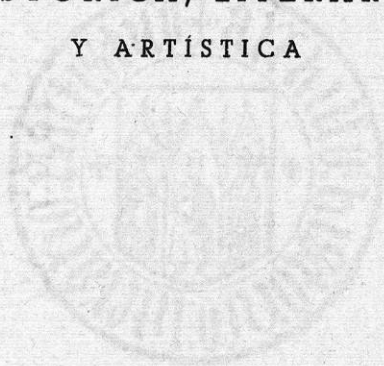
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



EJEMPLAR NÚM. 566

ARCHIVO HISPANICO
REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ESTADISTICA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1954



Tomo XX
Número 66

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1954

JULIO - AGOSTO

Número 66

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

Págs.

ARTÍCULOS ORIGINALES

- F. Alvarez.—*En torno al centenario de la Inmaculada*. (Dos ilustraciones fuera de texto)..... 9
- Jesús de las Cuevas.—*Tula y Fernán en Sevilla. A través de unas cartas inéditas*. (Cuatro ilustraciones fuera de texto)..... 51
- Francisco Márquez Villanueva.—*Una tabla de Luini en Utrera*. (Tres ilustraciones fuera de texto)..... 73

MISCELANEA

- José Andrés Vázquez.—*Para la historia de la Prensa en Sevilla*..... 83
- Celestino Fernández Ortiz.—*La Escuela de Miraflores* 87
- * * *.—Premios y becas de la Excma. Diputación..... 91

- LIBROS: Varios..... 95

- CRÍTICA DE ARTE: *Música*, Norberto Almandoz 105

- CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—Cronista Oficial de la Provincia.—*Junio, julio, 1947*..... 115

ARTICULOS ORIGINALES

TULA Y FERNAN EN SEVILLA



A TRAVÉS DE UNAS CARTAS INÉDITAS

EL "TALENTO EPISTOLAR" DE LA AVELLANEDA

VARIAS aportaciones epistolares han enriquecido, lentamente, la admirable y apasionada biografía de Gertrudis Gómez de Avellaneda, desde que, en 1889, aparecen en «El Correo de Madrid» (1) sus primeras cartas inéditas, escritas treinta y seis años antes: en 1853. Se hablaba de la Pardo Bazán para entrar en la Academia y la olvidada correspondencia de Gertrudis adquirió palpitante actualidad, puesto que, en ella, se hacía alusión a sus pretensiones para ocupar el sillón que dejara vacante Nicasio Gallego.

Más tarde, ya en este siglo, Rodríguez Marín se ocupa de las cartas de la Avellaneda, en un sabroso artículo (2). Pero fué Cruz de Fuentes quien, al publicar en 1907 (3) la mayor parte de las cartas que Gertrudis dirigió a don Ignacio de Cepeda y Alcalde, contribuyó a cimentar su fama en el terreno epistolar, dentro del cual puede considerarse a la Avellaneda «como modelo». Una nueva contribución, de bastante menos valor, encontramos cuatro años después, al imprimirse, en Cuba, algunas cartas suyas (4). Hay que esperar hasta 1928, para que saliera a la luz en Madrid, con el título de «Diario de Amor —prólogo, ordenación y notas

(1) «Cartas inéditas de la Avellaneda» en «El Correo de Madrid» del 24 de febrero de 1889.

(2) «Las cartas de la Avellaneda», en «La Discusión», 8-2-1909, La Habana.

(3) «Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa hasta ahora inéditas», con un prólogo y una necrológica por don Lorenzo Cruz de Fuentes. Publicase a expensas de la ilustrísima señora María de Córdoba y Govantes, viuda de Cepeda, Huelva, Miguel Mora y Cía, 1907.

(4) «G. G. de Avellaneda. Cartas inéditas y documentos relativos a su vida en Cuba de 1859 a 1864». Edición J. A. Escoto. Matanzas, 1911.

de Alberto Chiraldo (5)— su epistolario con el poeta sevillano Gabriel Tassara. «Diario» cuyas páginas exhalan «ese perfume de amor que se evapora como una esencia preciosa», en frase de la propia Gertrudis. Luego, Domingo Figarola Caneda publica cartas dirigidas a la Avellaneda por casi todas las figuras revelantes de su época (6). No olvidemos que ser amigo de la Avellaneda fué algo muypreciado entonces. «Su amistad me importa mucho», escribe Alarcón. En el mismo libro se insertan unas misivas autógrafas de Gertrudis (7), pero breves y de relativo interés.

Esta es la última vez, que yo sepa, que se publican cartas inéditas de la Avellaneda. Ahora, presento unas cartas suyas, desconocidas hasta hoy, junto con un improvisado, repentino y largo verso, también original, que envía a don Gonzalo Segovia. Esto —así como las cartas referentes a Fernán Caballero— me ha sido posible, gracias a la gentileza y amistad de un descendiente de don Gonzalo, de idéntico nombre y apellido, Gonzalo Segovia, de Jerez de la Frontera, actual poseedor de estas cartas, y a quien quiero agradecer desde aquí su amabilidad.

Pero, antes de examinar las cartas de Tula, vamos a dedicar unas líneas para presentaros a su destinatario: don Gonzalo Segovia, luego conde de Casa Segovia, un gran señor en toda la extensión de la palabra. Porque basta repasar su correspondencia con lo más brillante de su tiempo, para que os déis cuenta de la finura y generosidad de su carácter; rara será, pues, la carta donde no aparezcan unas líneas de agradecimiento y afecto, de cariño, en suma, hacia Segovia, a quien molestan y piden favores continuamente. Así, de Luis Mariano de Larra, cuando le pregunta si tiene «por casualidad una comedia francesa, de principios de siglo, titulada «La portrait de Cervantes», que busca por todas partes», sin encontrarla. También, en este epistolario, veréis algunas cartas de Alarcón, de Núñez de Arce, con un membrete en el que aparecen entrelazadas las letras G. N. A. —la G en oro, la N en plata y la A en azul— en una de las cuales le anuncia su llegada a Sevilla; de Grillo con farragosas cuestiones económicas, quebraderos de cabeza que le promueve la edición de sus poesías; una, muy graciosa, de Fernando el Gallo, y esquelas, billetes de Gayarre, de Sarasate, de Sellés, de López de Ayala, y de diversos poetas de segundo orden de Sevilla. Isabel de Borbón se confiesa su «afectísima», etc.

Más volvamos a la Avellaneda con esta pequeña e inédita correspondencia llena de sobria corrección y deliciosa espontaneidad. Desde

(5) En M. Aguilar. Editor. Madrid, 1928.

(6) En «Gertrudis Gómez de Avellaneda», de Domingo Figarola Caneda. S. G. de Librería. Madrid, 1929.

(7) Verbigracia: A don Ildefonso Estrada y Zenea, tomadas de la colección de don Francisco de Paula Coronado; a don José Miguel Angulo (de la colección de manuscritos de la Bib. de la S. de Amigos del País de La Habana); a don Manuel Cañas (en poder de Figarola Caneda).

luego, jamás tropezaréis con unas líneas de Gertrudis, «aún en aquellas producciones que trazó su pluma, condenadas al nacer por su autora a ser rotas o quemadas» —como escribe Cruz de Fuentes— sin percibir ambas cualidades indispensables, por otra parte, para conseguir eso tan difícil que se llama una carta bien escrita. O sea: claridad, dentro de la necesaria brevedad, y sinceridad a raudales. La misma Gertrudis reconoció su facilidad casi perfecta, cuando confesó que tenían «talento epistolar» (8).

En efecto, al leer estas cartas que insertamos a continuación, escritas, seguramente, a vuela pluma, notaremos la expresividad que se desprende de ellas. Son cartas redactadas en sus largas vigiliadas de noche, esas horas de soledad y silencio que aprovechaba la Avellaneda para escribir. Juan Nicasio Gallego, en el prólogo a sus poesías (9), se pregunta si no tendrán que ver esas «horas desusadas» en esa nota de desaliento y tristeza que él vislumbra en sus composiciones: «Acaso tendrán en esto no pequeña influencia las horas desusadas que dedica a su estudio, y suelen ser desde la una a las cuatro de la mañana. ¿Cómo es posible que la solemne soledad y el profundo silencio de la alta noche dejen de inspirarle ideas lúgubres e imágenes nada risueñas?»

LA FACILIDAD VERSIFICADORA DE GERTRUDIS

Como veréis, en estas cartas que transcribimos, recuerda el paseo de por la tarde en Sevilla, junto al Guadalquivir, retrata con su gracejo espontáneo y gráfico la sociedad sevillana en Puerto Real, o nos emociona al verla sola en una casa de la ciudad, y pedir una pistola o valerse de una estratagema para engañar a sus criados.

En todas ellas os admirará el talento y la energía humana de esta mujer, dueña de un corazón demasiado grande. Porque a Gertrudis la empuja su propio corazón. «Ya lo ves... me arrastra mi corazón» —declara en una de sus cartas a Cepeda. «¿Es que el corazón humano es estrecho y se rompe cuando está demasiado lleno?» —pregunta, en otra ocasión, Gertrudis. Recordad cómo Fernán Caballero deseaba que la sangre de su amiga Tula —era, para ella, su único defecto— «corriese menos apresurada» (10).

(8) En su Carta XVII. Página 185 de su «Diario de Amor».

(9) Prólogo «demasiado largo» de Juan Nicasio Gallego, a las «Poesías de la señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda». Pág. 12. Madrid, 1841. Establecimiento Tipográfico calle del Sordo núm. 11. En la página 113 de estas Poesías hay una titulada «El insomnio», donde leemos:

«Sola yo en sosiego tanto
Velo y sufro sin cesar
Y el sueño que imploro con lánguido acento
Mis votos desoye con cruda impiedad».

(10) En carta a Latour.

Pero era una vitalidad desbordada la suya, unida a un entusiasmo lírico de primerísima línea. De ahí, que cruzara por el borroso y apagado universo literario de su época, como un meteoro encendido e inesperado. A nadie extraña, pues, la sorpresa y la emoción que produjeran sus primeros versos: en 1841. Muy joven —tenía sólo 27 años— era considerada ya como la mejor poetisa de cuantas habían existido en España. En ese sentido se expresa Nicasio Gallego: «...nadie, sin hacerle agravio, podrá negar a la señorita de Avellaneda la primacia sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos». Ante ella se inclinaron, enseguida, los críticos. La llamaban «eminente y cristiana Safo», «Reina» de todas las poetisas del mundo, como afirma Bretón de los Herreros, en carta de 1845. En ese mismo año, la vemos en un «Semanario Pintoresco», en un dibujo, con unos preciosos tirabuzones románticos y ese gesto de tristeza y gravedad que tuvo siempre.

Ahora, copiamos una composición original —improvisada, rápida y nerviosa— de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la «insigne poetisa». «No es la Avellaneda poetisa, sino poeta...» —dijo Ferrer del Río en 1846 (11). La verdad que, en ocasiones, son sus acentos tan humanos y fuertes, su prestancia y entonación líricas de tal altura, que uno más bien cree estar en presencia de un temperamento poético varonil, aunque, luego, nos sorprenda con unos detalles de profunda, de delicada feminidad, por menos esperados, mucho más conmovedores.

Y, sobre todo, su facilidad versificadora, lo mismo en las composiciones grandes e inspiradas, que en las íntimas y espontáneas, dedicadas a sus amigos, tal como hace notar muy bien don Juan Valera (12): «Sus versos corren siempre fáciles y limpios como arroyo cristalino y ni hay en ellos afectación de arcaísmo, ni transposiciones violentas, ni oscuridad, ni confusión. Este talento de versificadora consumada hace que hasta aquellas composiciones que no están inspiradas, ni pueden estarlo, sino escritas por compromiso o cediendo a la benevolencia, a la amistad y al deseo de complacer y lisonjear a alguna persona, sean de agradable lectura...»

A este género corresponden los versos dirigidos a don Gonzalo Segovia, en una hoja sin membrete y que transcribo seguidamente:

«Para quitarme un enojo
harto fundado, y muy serio,
me manda usted ¡picarillo!
tan dulces y lindos versos.
Más yo, en franqueza salvaje
le declaro sin rodeos

(11) En su «Galería de la Literatura Española». Tipografía Mellado, 1846. Pág. 309.

(12) Valera: «Obras Completas». Aguilar. Tomo II. Pág. 383.

que hay más que hacer, mucho más
para aplacar mi despecho.

Fué usted tan poco galante
en el miércoles postrero
cuando la causa inquirí
que le daba un humor negro.

Me hirió tan hondo en el alma
aquel repentino anhelo
de dejarme y en un día
ya destinado a mi obsequio.

Que desde entonces, Gonzalo
(por qué negar lo que siento),
desde entonces casi, casi,
me arrepentí de mi afecto.

Y fué... pero basta,
no hay que charlar cuanto pienso
pues quien mucho se descubre
presta gran blanco al acero.

Soy en verdad buena amiga
pero no tanto, lo siento,
no tanto que olvide fácil
ni aún un agravio ligero.

Si bien, a fuer de magnánima
las grandes culpas absuelvo
cuando hallo en el pecador
sincero arrepentimiento.

Esta noche se verá
si perdono o si sostengo,
según halle el corazón
del penitente que espero.

Habrà ensayo, o no lo habrá,
pero siempre hay en mi pecho
justicia, verdad... y acaso
de fé peligroso exceso.

Usted mismo llevará
el libro que en tanto aprecio
y que no va en este instante
porque aún estoy escribiendo.

La respuesta cariñosa
a tantos dulces conceptos...

Y en los de usted me encontraba
cuando llegó su doméstico.

Tanto ya le he detenido,
allá van, sucios y feos,

estos torcidos renglones
sin pies, cabeza ni centro.
Pero que a usted probarán
que aún agraviada y con ceño
siempre Tula le responde
mejor que usted quiso hacerlo.
... ..
P. D.—El papel es malo.
La pluma peor.
Pero sé, Gonzalo
que eres buen lector.»

Nos encanta la espontaneidad, la fácil versificación —«siempre igual, armoniosa y robusta», afirma uno de sus críticos— y hasta ese P. D. tiene su gracia peculiar. Tula se lamenta de que el papel es malo y «la pluma peor». En otro lugar, en una carta a Tassará, vuelve a quejarse de lo mismo: «La pluma es tan mala que dudo entiendas ésta.» (13). ¡Oh, los lamentables «avíos de escribir» (14) de esta inimitable «señorita poetisa» (15) de nuestro XIX!

Además, nos llama la atención ese verso en que declara de sí misma que posee una «franqueza salvaje». «Tú sabes que soy franca contigo y aún con todo el mundo». «Soy demasiada franca» —repite en sus cartas a Cepeda. Esta sinceridad absoluta que ponía en todas sus cosas, volcando el corazón en sus palabras, le hacía distinta de las demás, única y original siempre. Ella lo comprendió también cuando escribe en su «Diario»: «Sí, sé que tal cual soy, no hallarás otra en el mundo». «Serán peores o mejores, pero no serán como Tula». En el carácter de Gertrudis Gómez de Avellaneda no entraba ni la hipocresía, ni las bajezas fingidas. «No quiero pasar por mejor de lo que soy...» «Mi gran defecto— se reconocía— es no poder colocarme en el medio y tocar siempre en los extremos». Pero, a su vez, será preciso reconocer que la perseguía «una especie de fatalidad», para hacer, por «circunstancias y casualidades», «más graves sus ligerezas» (16).

Sin embargo, por encima de todas sus faltas, de todos sus apasionamientos, queda, elevándola, su enorme amor por la sinceridad, ese «siempre hay en mi pecho —justicia y verdad...»— de los versos ante-

(13) Carta XVII. «Diario de Amor», pág. 191. También en el P. D. de una carta suya a Cepeda puede leerse: «Lo inteligible de ésta, te probará que aún no he hecho uso de tus plumas».

(14) «Mi avío de escribir es infernal», escribe en una de estas cartas inéditas suyas a Segovia, que transcribo más adelante.

(15) «... esta señorita, está poetisa». Pastor Díaz, «El Conservador», 19 de diciembre de 1841.

(16) «Una especie de fatalidad que me persigue, hace que siempre se tomen circunstancias y casualidades funestas para hacer parecer más graves mis ligerezas». Página 81, de su «Diario de Amor». Carta IX, «Confesión».

riores. Ella no comprendía que sus labios hablaran un lenguaje distinto que su corazón. El gran pecado era traicionar a éste. «Nunca creo que tiene motivo de quejarse el amante que cesa de ser amado —ha escrito Gertrudis— sino es cuando cesa de serlo sin que se le diga».

EL SEVILLANISMO DE TULA

Examinemos, ahora, las cuatro cartas inéditas suyas dirigidas a don Gonzalo Segovia. De la que creemos primera en el tiempo, no se conserva en su totalidad; sólo algunos párrafos por los que conocemos a una Avellaneda preocupada con escenarios y representaciones teatrales.

«¿Y esos amigos —escribe— a quienes regaló el teatro del Museo el Sr. G. Placer, no lo conservan? ¿Podrían cedernos sus decoraciones siquiera?»

Estas preguntas no quieren decir que no esté yo dispuesta a hacer lo posible para conseguir el Teatro de Cortés, sino que mejor es tener dos cuerdas en el arco que una sola.

Si el pésimo humor que me domina no lo impide en absoluto, creo que nos veremos antes de la noche, en paseo, pues me parece que usted no dejará de ir a esplayar, en las amenas orillas del río, esa envidiable alegría andaluza que pude admirar anteayer, y que aunque contraste tanto con mi spleen inglés de estos días, no por eso deja de divertirme.

De todos modos, amigo mío, le verá siempre con gusto su affma.

G. G. de Avellaneda.

Nos extraña eso del «spleen inglés» en Tula, que no le viene y suponemos relativo: «cuestión de unos días». Pero nos atrae la estampa de Tula, que envidia la «alegría andaluza» y le divierte el paseo junto al Guadalquivir, por las «amenas orillas», por la «orilla risueña» (17)— como leemos en un verso suyo— y ella poetizó en su «Paseo por el Betis» (18).

Y es que Gertrudis se sintió ligada, desde el primer momento, con Andalucía. En realidad, hay que insistir en el andalucismo de la Avellaneda. Conoce a Andalucía a los 22 años; en periódicos andaluces, con el pseudónimo de «Peregrina», hace sus primeras salidas editoriales; se deslumbra con su sol: «¡Oh, yo te bendigo sol de Andalucía!», declara entusiasmada; todas sus ciudades le gustan («¿qué ciudad del mundo será tan seductora y risueña como Cádiz?» pregunta), y, por último, se

(17) En su poesía «A mi madre», del 1 de enero 1841, pág. 169 de sus citadas «Poesías».

(18) De 1839.

enamora, totalmente, de Sevilla, a la que se entrega, desde muy joven, para no olvidarla ya nunca.

Este amor a Sevilla de Tula, nace en ella desde que la vé por primera vez. Abrid, sin ir más lejos, el «Segundo Cuadernillo» de sus «Memorias» —hecho cuando sólo tenía 24 años (19)— y leeréis bellísimas líneas sobre Sevilla. A tal punto, que, quizá, algunas de estas —la noche en el Patio de los Naranjos, por ejemplo— sean de las más seductoras y tersas que se hayan escrito de la ciudad. «No podré encarecerte— escribe a su amiga Eloisa de Arteaga y Loinaz— por más que diga, el encanto que tiene esta Sevilla, en cuyas arabescas calles, angostas y torcidas, como son en lo general, parece que se encuentra siempre el atractivo de la novedad, aunque se vean diariamente». Le encantan sus patios: «nada tan novelesco y encantador»; las noches de Sevilla, «iluminadas todas las casas»; los paseos en verano y en invierno, porque también en dicha estación «Sevilla es siempre seductora, y ni los vientos, ni las lluvias, ni las nieblas tristurosas que acompañan a esta estación de muerte, pueden oscurecer enteramente su sol brillante y su puro cielo»; los paseos, por el Duque, «de las diez en adelante», con sus aguaduchos donde se «ofrecen a los paseantes vasos de cristalina agua con blancos y esponjosos panales de azúcar: ricas limonadas, horchatas... etc». A Tula le entusiasma este paseo» —ellas, de sombrero y mantilla, y los caballeros de «levita corta, pantalones de lienzo y sombrero de paja»— y escribe: «no hay más que el Duque; para el Duque se guarda todo». Luego, está el Paseo de las Delicias, «verdaderamente delicioso», con «un aire de fiesta en la margen pintoresca del Guadalquivir...» Y su visión, casi surrealista, de la ciudad blanca y muy grande vista desde arriba, desde las ventanas de la Giralda: «se me figura una araña de muchos pies». Finalmente, resume en unas palabras toda su impresión sobre Sevilla: «parece mejor y más bella cuanto más se la mira y examina».

Pienso que sería muy oportuno hacer una antología de estos párrafos de la Avellaneda, que hablan, tan bella y elogiosamente, de Sevilla. Y, después, en esa reedición que piden bastantes páginas de la Avellaneda —«es su obra un delicioso armario romántico del que convendría reeditar muchas cosas» —anota Ramón Gómez de la Serna (20)— publicar esa antología en una ciudad tirada (21). Sería un fino homenaje a esta mujer que amó tanto a Sevilla.

(19) «Principiado en Sevilla el 29 de noviembre de 1838».

(20) «Gertrudis Gómez de Avellaneda. Antología, Poesías y Cartas Amatorias», con prólogo de Ramón Gómez de la Serna, «Austral», Espasa Calpe, 1944.

(21) Las «Memorias» de la Avellaneda no se publican hasta 1919, en La Habana Imprenta «El Siglo XX». Anotadas por Domingo Figarola Caneda, en edición muy limitada. Reproducida en su «G. G. de Avellaneda», en 1929.

LA AVELLANEDA, CRONISTA DE SOCIEDAD

Otra de las cartas a Segovia, sin fecha, aunque podamos situarla—por la noticia del triunfo del Callao— hacia 1866, dice así:

«Amigo mío:

Devuelvo un libro de Vd. que aún estaba en mi casa; creo que no queda ningún otro, pero si Vd. recuerda que mandó más, sírvase decírmelo francamente para hacer nueva pesquisa. Si Vd. no necesita los papeles míos que están por allá, le ruego me los remita, y así mismo le agradeceré me haga el favor de ponerme por escrito, nombre y señas del picadero que me recomendó como el mejor para dejar mis caballos.

Esta noche debía salir para Cádiz, pero por ver los festejos públicos dispuestos en celebridad de los triunfos del Callao, difiero mi marcha para el lunes próximo. Antes recibirá Vd. un retrato mío, obra de Godínez, que dicen es muy bueno.

Si Vd. es conocido del director o dueño del picadero y quisiera recomendarle mis caballos.

Se lo agradecería mucho su amiga

Tula.

Hoy, sábado, 16.

P. D.—Va también el librito de los oráculos. Las chicas lo estropearon, como Vd. verá. Perdone Vd. la dé tan mala cuenta».

Como veís, firma ya Tula, un signo de amistad. «Me dice Tula mi madre —y mis amigos la imitan— escribe Gertrudis en un «Romance» (22). «Tulita» la llama, cariñosamente, en una carta, Hartzenbusch.

A Tula le entusiasma montar a caballo, y se interesa por ellos, como lo que es ya: una buena andaluza (23).

Veamos ahora, otra carta, fechada en Puerto Real, en 1866:

«Querido amigo Gonzalo:

No pude escribir a Vd. antes de su salida de Sevilla, aunque lo deseaba, porque un catarro fuertísimo me molestaba excesivamente por aquellos días. Mejorada ya, lo hago hoy, complaciéndome al pensar que esta carta fea —pues mi avío de escribir es infernal— le hallará a Vd. gozando las celestes delicias de una reunión anhelada.

Si Vd. le ha dicho a su amada, que tiene en Sevilla una amiga que le quiere mucho, saludela Vd. en mi nombre, y dígala que deseo conocerla, porque el haber merecido la elección de Vd. me garantiza su mérito no vulgar, que me mueve ya a estimarla.

Muy cerca ya del invierno de la vida, pero conservando en el alma flores primaverales que tales pueden llamarse los sentimientos entu-

(22) «Romance contestando a otro de una señorita». «Paesías líricas». Tomo I de sus «Obras Completas». La Habana, 1914, pág. 205. Imp. A. Miranda.

(23) «Mi predilecto en un baile era el mejor danzador; en un paseo, el que montaba con más gracia un hermoso caballo». «Confesión». «Diario de Amor», pág. 52.

siastas, necesito querer y ser querida, y me lisonjea la esperanza de que cuando Vds. dos no sean más que uno, me han de amar como yo soy capaz de amarlos a ambos, y como me inclino a amar a Vd. desde que no es uno de esos jóvenes sin juventud que pasean por la sociedad frívola su gastada insignificancia. Dios quiera, amigo mío, que jamás se contagie Vd. del pobre espíritu de la generalidad de la juventud; Dios quiera que al contacto de esa otra alma elevada, hoy que se identifica con la suya, conserve Vd. la poesía del corazón que es el mayor encanto y el mayor poder de la juventud».

Precioso párrafo el de esta carta. «Muy cerca ya del invierno de la vida, pero conservando en el alma flores primaverales...» Tula tiene 52 años y necesita «querer y ser querida». Vive «en medio de las pequeñas tumultuosas de la vida social que me pesa, que me da lástima y risa» —como escribe Gertrudis en 1850— (24) y a la que conoce a fondo y trata a su manera, porque ella no le teme al ridículo: «un traje que no le viene a mi talla» (25).

Veraneando en Puerto Real, donde está «la nata» —como apunta, graciosamente, Fenán Caballero—, le describe a su amigo la sociedad que por allí pasa, y le cuenta los grandes y los mínimos sucesos que se rumorean:

«Vamos a mí y a esta residencia veraniega. Media Sevilla se pasea por las tardes en las Canteras o se apiña en la puente del muelle. Las familias Motilla, Monte-Agudo, Montelirio, Lavin, Laraña, Lora, y otras muchas, llevan ya tiempo en Puerto Real, y Matilde Shely ha llegado anteayer; Leygonier también nos hizo su visita, y Enriqueta, su hermana, permanece aquí. El calor no es excesivo y las noches muy agradables. Se dice que nuestro amigo Lavin se casará con la hija mayor de Lavalle. Me alegraré porque la chica es muy simpática, y además, tendrá con el tiempo buena fortuna. Dolores Quesada dice que se casa también en el Puerto de Santa María con un joven rico y guapo. Por lo demás, nada nuevo puedo hoy comunicar a Vd. Mi hermano sigue afectado del cerebro, pero su mujer mejorando mucho con los baños de sol.

Gracias, amigo mío, por la eficacia en el desempeño de mi encargo sobre los cupones. Gracias también por sus obsequiosas ofertas. Haciendo algún uso de ellas, ruego a Vd. que se tome la molestia cuando vaya a Madrid, de ver a una pobre gallega, llamada Ignacia Vázquez, que vive en el Postigo de San Martín núm. 7, bohardilla, y asociándose Vd. con su buen corazón a una obra de caridad, la socorra en mi nombre y por mi cuenta con 200 reales. Yo acostumbro a mandarla cien reales cada

double la limosna acostumbrada, diciéndole en mi nombre que perdone la

(24) Carta XX. «Diario de Amor», pág. 211.

(25) Carta XII. «Diario de Amor», pág. 146.

demora. Fué doncella de mi madre, que en paz descanse, y la pobre mujer no tiene en el mundo otro amparo que el mío.

Es toda la molestia que por hoy, tengo necesidad de dar a Vd. anticipando gracias.

Adiós, querido amigo, no olvide Vd. que siempre desea noticias tuyas su afma.

Tula.

Es probable que la semana próxima tenga que ir a Sevilla para firmar unas escrituras y entregar un dinero. Si es así, y me detengo más de un día, tendré el gusto de ver a su madre de Vd. y amable tocaya mía».

He aquí, a una Avellaneda caritativa y limosnara, que no olvida a una vieja criada de su casa, y le pide perdone «su demora» en enviarle su mesada. «Es una mujer buenísima»—decía Fernán Caballero de Tula, y Fernán no acostumbra a equivocarse en sus apreciaciones.

LA TRISTE SOLEDAD DE GERTRUDIS

Por último, observamos a Gertrudis, a la inmortal Tula, sola y en una casa grande de Sevilla, rodeada de criados de los que desconfía y teme ser robada. Nos da pena ver a Tula así: sola, luchando contra su destino. Porque su vida ha sido una continua soledad. «¡Oh, tú no sabes cuán sola estoy aún en medio del mundo!»—escribe a su amado, hace ya muchos años (26).

Acompañada tan sólo por la gloria, Gertrudis vive ya de los recuerdos. Una creciente popularidad la rodea y su nombre se pronuncia por doquier. «Su nombre está en boca de todos»—afirma Menéndez y Pelayo. Ha venido de Cuba, en donde ha recogido honores y glorias. En sus cajones guarda la corona que le regaló La Habana, el remo de oro con que la honró Matanzas. Su rostro va a figurar, muy pronto, en bronce, mármoles y sellos; hasta una mariposa de la Isla de Cuba se iría a llamar «Avellaneda».

Pero, ahora, está, otra vez, muy sola en su casa de Sevilla. Y aún no es vieja: cincuenta y tantos años. Repaso sus retratos y me fijo en la litografía de Eduardo Laplante. Estaría un poco más anciana, quizá, que en la litografía, con sus cabellos, intensamente enlutados, como alas de cuervo, sus ojos hondos y negros, su piel morena «con visos rosados», color «trigueño lavado»—que decían los cubanos. Ya ha perdido aquellos hermosos tirabuzones suyos de la juventud, esa sonrisa que brillaba entre sus labios en la miniatura de Moral, propiedad del duque de T'Serclaes. Ella, prepara la edición de sus «Obras Completas», cuyos dos primeros

(26) En su Carta XVII del ya citado «Diario de Amor».

volúmenes verían la luz tres años después —en 1869— y motivarían una serie de artículos de Valera, en la «Revista Española», en extremos elogiosos: «Nuestra poetisa lírica no tiene igual en las edades modernas», «poetisa lírica sin par entre las españolas». También tiene listo ya su testamento (27). Y ha hecho bien porque el final está cerca: el 2 de febrero de 1875, en Ferraz, 2, Madrid, donde muere muy sola. (Apenas si fué nadie a su entierro. En la casa «no había allí más que seis escritores»—se lee en un periódico madrileño. «Yo fui al modestísimo entierro de la poetisa»—declara Valera. «No llegaban a diez los individuos que la acompañaron a su última morada. Entre ellos, don Luis Vidart era el único que yo conocía...»)

Finalmente, volvamos sobre nuestros pasos, para buscar a Tula en su casa de Sevilla, cinco o seis años antes. La carta que veremos se refiere a entonces. En un sobre pequeño aparece esta carta, sin membrete y sin fecha, y con la siguiente dirección:

«Sr. Dn. Gonzalo Segovia (hijo)
s. a. Tula
calle de la Laguna

Mi estimado amigo:

Hace tiempo que no se deja Vd. ver, pero yo apesar de ello, me voy a permitir hoy una confianza y es la siguiente:

Como parece que están a la orden del día los robos y los asesinatos, y los criados de mi casa saben que hay en ella algún numerario, y aún supondría que es más de lo que realmente tenemos, se me ha ocurrido para evitar tentaciones, hacerles creer que el poco dinero que han visto entrar ha salido ya. A este fin, quisiera merecer de Vd. el favor de ayudarme en mi pequeño artificio, enviándome hoy cualquier criado suyo, al cual yo daré un baulito que no llevará más que libros u otra cualquiera cosa, pero que yo aparentaré con los de casa lleva dinero para que Vd. me lo guarde.

A pesar de dicha precaución, estoy tan escamada que si Vd. tuviera alguna pistola vieja —por inútil no peca— y quiera mandármela ostensiblemente, me haría también favor; pues yo haría creer a esta gente que era un magnífico revólver y que yo sabía perfectamente servirme de él; cosa que les impondría.

Mi hermano (28), enfermo; yo, sola, siempre en el piso principal,

(27) En una de cuyas cláusulas expresa que desea ser enterrada «en tumba propia, adquirida a perpetuidad, por cien años cuando menos, pues no quiero se anden removiendo mis huesos». Fué enterrada en la Sacramental de San Martín, para ser luego, trasladada al Cementerio de San Fernando de Sevilla, «que ama a la que fué gloria de las letras hispano cubanas, ya que también la considera suyas», escribe F. Ferrari Billoch, «Homenaje de Cuba a la Avellaneda», art. en «ABC». En la actualidad, según el citado artículo, se vuelve a hablar del traslado de sus restos a Cuba, a lo que se accedió en Consejo de Ministros del 11 de junio de 1948, y vé su familia con simpatía.

(28) Gertrudis fué amante hermana de Manuel, a quien profesa «fraternal cariño», según reza en la dedicatoria que le hace de su «Munio Alfonso», en Sevilla, en junio de 1868.

en que duermo. No creo excesiva ninguna precaución, y el miedo me ha sugerido las estratagemas indicadas, para las cuales cuento con el auxilio de Vd.

Mis saludos a sus papás y no tenga Vd. tan olvidada a su buena amiga

Tula».

Ya véis cómo su talento enérgico se despliega en una estratagema muy ingeniosa para engañar a los criados. ¡Y cómo pide una pistola —aunque sea vieja— para imponerse!

Magnífico temperamento el de Tula. «Mucho hombre es esta mujer», dijo de ella Juan Nicasio Gallego. Sí, fué un gran carácter, que no perdió nunca, a pesar de su animosidad, un ápice de delicadeza; por el contrario, se diría que, a medida que la vamos conociendo mejor, resultara cada vez más femenina. «La Avellaneda era mujer y muy mujer y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer». Sirvan las anteriores palabras de Menéndez y Pelayo, como pórtico para esa biografía tan apasionada, tan desbordante en poética humanidad. Maravillosa vitalidad la de esta Gertrudis Gómez de Avellaneda, que sabe hacer cara a los reveses de su destino con la frente muy alta.

«Es preciso aparentar vida en la frente, aun cuando se lleve la muerte en el corazón» —ha escrito esta mujer un día, y la frase serviría como pedestal de su gloria.

TULA Y FERNÁN, DOS GRANDES AMIGAS

Casi de los mismos años que las últimas cartas que citamos de Gertrudis Gómez de Avellaneda, son las que recibe don Gonzalo Segovia de Fernán Caballero. Fernán y Gertrudis vivieron muy al unísono (29) y las dos se sentían mucha simpatía, se querían y se admiraban mutuamente.

«Ilustre Fernán», «sincera amiga» la llama Gertrudis, en 1869, al par que le dedica un drama suyo: «El príncipe de Viana». «¿Cómo prescindir por otra parte —se pregunta en esa dedicatoria— de la exigencia de mi corazon que pide imperiosamente que —por mezquina que sea la ofrenda— no salga a la luz el segundo volumen de mis obras sin ostentar, al frente de algunas de ellas, el homenaje de respeto, de admiración y de cariño debido, en justicia, por todo escritor de España, al excelente novelista que ha enriquecido la literatura patria con las joyas más valiosas que hoy la reconocen los extranjeros?» (30) «A la ilustre escritora y amiga incomparable» —se lee también en la contraportada de otro

(29) Fernán había nacido en 1796 y Gertrudis en 1814. Fernán —18 años mayor— va a morir cuatro años después de Tula: en 1877.

(30) «Obras literarias de la señora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda». Tomo II. Madrid, 1869, pág. 68.

libro de la Avellaneda que le envía a Fernán: el «Devocionario Nuevo y Completísimo».

Por su parte, Fernán Caballero que todavía, en 1859, declara no «conocerla personalmente» (31), pero que la considera como «gran poetisa», «inspirada escritora», «dueña de un alma muy elevada» y de un «hermoso corazón» —escribe, después, de Gertrudis— en 1860, las relaciones de ambas eran ya muy cordiales—en carta a Latour: «Extrañará a Vd. si le digo que somos muy amigas la Avellaneda y yo. Esto probará que no es preciso asemejarse para quererse». En las cartas de Fernán a Cañete, asoma la Avellaneda, de vez en cuando, y en otra, a Latour, la califica de «Magna» (32). «En el sobrenombre ingenioso— escribe Angélica Palma (33)— se concertaba la mezcla de admiración, simpatía y despego que a la escritora andaluza le inspiraba la cubana».

Sin embargo, no era, precisamente, «despego» el que notaréis en Fernán hacia Tula, cuando en cartas suyas, en 1864, asegura Cecilia que ha ido a verla, le ha leído versos religiosos, y ella había estado «amabilísima y obsequiosa conmigo». «Su trato es sumamente agradable y entretenido...»

En otras cartas a Pastrana de Fernán (34) leemos: «Anoche estuvo aquí la Avellaneda». También la visita su hermano Manuel, que quiere procurarse buenos informes por su conducto y, entonces, anota de nuevo: «Su hermana (o sea Gertrudis) está amabilísima y obsequiosa conmigo».

FERNAN CABALLERO, MAESTRA EN EL ARTE EPISTOLAR

Amigas y contemporáneas las dos, el mundo social en que vive Fernán va a ser muy semejante al que había vivido Tula. (Como apunta Azorín, Fernán Caballero se mueve en un ambiente de «postromanticismo en provincias») (35). Por tanto, sus amistades también se corresponden, y nada tendrá de particular que Cecilia Bohl sea amiga de Gonzalo Segovia. En una carta de Luis Mariano de Larra, de 1866, a la que nos referimos antes, éste le pregunta a Segovia: «¿Y la eminente y admirable Fernán Caballero?»

El P. Valencina, en 1919, incluye en la colección de cartas de Fernán que publica, anotadas por él, una a Gonzalo Segovia (36) de junio

(31) En carta de Fernán a Gertrudis, fechada en Sevilla, Alcázar, a 15 de enero de 1859. (Pub. por Domingo Figarola Caneda en su libro ya citado).

(32) «Mi excelsa compañera Tula». Así califica a Gertrudis otra escritora ilustre: Emilia Pardo Bazán, en 1889.

(33) «Angélica Palma». «La novelista novelable. Fernán Caballero». Espasa Calpe, S. A., 1939, pág. 189.

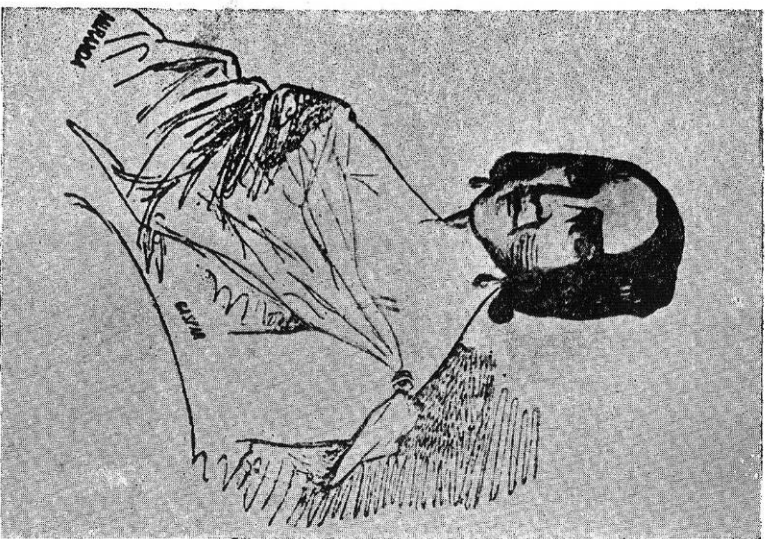
(34) Del 21-12-1864 y de 1865.

(35) «Celia», art. en «ABC», 4-5-51.

(36) «Cartas de Fernán Caballero coleccionadas y anotadas por el M. R. P. Fr. Diego de Valencina, ex provincial de los Capuchinos de Andalucía». Suc. de Hernando. Madrid, 1919, pág. 260.



Izquierda: Retrato en miniatura de la Avellaneda, de Moral. Tula nos sonríe, muy joven, con sus tirabuzones románticos que se recortan sobre el color moreno — «trigu o lavado», decían los cubanos — de su piel. *Derecha:* Gertrudis Gómez de Avellaneda en la litografía de Eduardo Laplante; una litografía encantadora... Eran los días de gloria de esta insigne poetisa hispano-cubana.



Izquierda: Apunte de la «señorita doña Gertrudis Gómez de Avellaneda» —publicado por el SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL...— Tula tiene 31 años, acaba de conseguir los premios que el señor Beltrán de Lis ofrece al Liceo para aquellas composiciones poéticas que abarcan el rasgo de clemencia de la Soberana a favor de los últimos sentenciados a muerte por causas políticas. *Derecha:* Tula en este dibujo, aparece con un gesto grave y triste. Su melena enlutada cae a ambos lados de su cabeza, donde sus ojos, grandes y negros, brillan profundamente.

de 1863, y en la que Fernán le felicita por el brillante discurso con que ha coronado sus estudios: «El, ha merecido la aprobación de sus maestros, el aplauso general y las simpatías de los sanos y nobles corazones...» También existe una referencia —cuatro años más tarde— a sus dotes poéticas: «La copla que me escribes es preciosa y compuesta por un excelente poeta» «¿Será Gonzalito Segovia?»—pregunta Fernán a Pastрана.

Dirigidas a él, damos a conocer algunas cartas inéditas de Fernán: una de ellas, de presentación a Hartzenbusch; hay otra para éste y otra a la condesa de Casa Segovia (37).

La importancia de Fernán Caballero, en el plano epistolar, acentúa nuestro interés por la publicación de estas cartas escritas en Sevilla. Ya Morel Fatio (38) en 1904, se lamentaba de que las cartas de Cecilia Bohl de Faber permanecieran en el olvido. Morel Fatio nombra a Fernán como «maestra de la epístola» y asegura que la publicación de sus cartas darían a la «rica literatura española del XIX, la Sevigné que aún le falta» (39).

Además, para fundamentar su opinión, Morel Fatio publica y estudia la rica correspondencia que mantuvo Fernán con Antonio de Latour (40), primera contribución para un estudio de nuestra novelista en un plano íntimo y sincero.

A partir de entonces, paulatinamente, fueron apareciendo impresas cartas de Fernán. Su correspondencia, por ejemplo, con Cañete —colección que perteneció a Menéndez y Pelayo y conservó en su biblioteca— publicada por López Argüello (41) en 1922; la extraordinaria aportación del P. Valencina: primero, con la inserción de 15 cartas en la «Revista de Archivos», en 1907, y, después, con la publicación de nuevas cartas en 1912. Por último, en 1919, y ya en libro, nos proporcionó el acopio definitivo de esta labor, publicando una completísima colección epistolar de Fernán.

Pero esa tarea no estaba, ni con mucho, concluida. De vez en cuando aparecen cuidadas ediciones —como la de Santiago Montoto, que imprime (42) en edición especial, en 1951, seis cartas de Fernán a don Fermín de la Puente. Muy recientemente, en 1953, es también Santiago Montoto quien, al publicar unas cartas en francés, inéditas, de Fernán (43), nos presenta un aspecto desconocido de ella: su amor por Frederic Cuthbert, una página en blanco aún en su vida. «Estas cartas reveladoras de un

(37) En la edición de las «Cartas» por el P. Valencina encontraréis otra, página 320, dirigida a la Condesa de Casa Segovia, de escasas líneas y de noviembre de 1870.

(38) «Studes sur l'Espagne». Troisième serie. Paris, 1904, pág. 321.

(39) Esta cita nos parece reveladora de la importancia que, en el terreno epistolar, tuvo Fernán Caballero para Morel Fatio.

(40) «Fernán Caballero d'après sa correspondance avec Antoine de Latour», en el citado ya «Estudes sur l'Espagne», tercera serie, pág. 299.

(41) «Epistolario de Fernán Caballero». Barcelona.

(42) Bajo los auspicios de la «Revista Bibliografía y Documental».

(43) «Un amor desconocido de Fernán Caballero», en «Semana», 10-3-1953.

amor frustrado, llenas de pasión, iluminan con extraordinaria claridad íntimos secretos que la novelista no descubrió ni a su confidente el hispanófilo Antonio de Latour—declara el señor Montoto.

Ello no revela más, sino la trascendencia y valor del género epistolar para el estudio de una vida. Ya escribió Thebussem (44) que sólo las cartas, cuando están escritas con soltura y espontaneidad, dejaban «la fotografía del alma y del corazón de su autor». Así también con Fernán, quien para ser conocida a fondo —como afirma Morel Fatio— «es necesario recurrir a sus cartas ungidas de ternura y sentimiento. Allí, en brazos de un dulce abandono, se manifiesta entera tal cual es». Y el P. Valencina añade, con parecidas palabras: «En sus cartas, sobre todo en las íntimas y familiares, nos muestra Fernán su propia psicología, su retrato verdadero; a ella, a ella misma, tal cual es, sin aliños de ninguna clase, sin ambages ni rodeos.»

Sin embargo, aún quedan por sacar a flote algunas de sus misivas. Espero que, pronto, saldrá a luz, y llegue a intentarse una edición, lo más completa posible, de sus cartas, de gran interés para la comprensión vital y total de Fernán Caballero y del ambiente en que se mueve, aunque —como pasa con la correspondencia de madame de Sevigné (45)— no pueda decirse que el trabajo esté concluido y haya que revisarlo y aumentarlo con alguna que otra epístola olvidada.

Hacia ese fin y, muy modestamente, contribuyo, ahora, dando a conocer estas cartas inéditas de Fernán, donde, por muy inadvertida que parezca, resplandece siempre su brillante inteligencia epistolar. «Las cartas de Fernán nos revelan que en ella la mujer sobrepuja mucho al escritor», comenta Morel Fatio. Y Angélica Palma declara: «sus epístolas son amenas, variadas, muy de mujer por la cálida cordialidad y cierta persistente vivacidad jovial...», muy abundante de «finas apreciaciones críticas».

Asombra, hoy, la cantidad de cartas que escribió Fernán. «Mi correspondencia es como la hidra: se le corta la cabeza y vuelve a nacer»—confiesa Fernán Caballero en epístola a Matilde Pastrana —recogida por el P. Valencina en 16 de agosto de 1862. Diez años más tarde, en carta a Tomasito Osborne, se leen las siguientes líneas, repletas de jovial sin-

(44) En «Don Enrique de la Cuadra», 1895. Publicado en su «Tercera Ración de Artículos», 1898, pág. 270.

(45) La edición, por ejemplo, de Monmergué, en 1862, en la «Collection des grands écrivains de la France», de las cartas de Madame de Sevigné, gracias a las cuales encontramos «son esprit et son coeur», como escribe uno de sus comentaristas; correspondencia que, a pesar de lo completa que parecía en esta edición citada anteriormente, pudo enriquecerse todavía diez años más tarde, en 1872, a los 176 años de la muerte de Madame, con la aparición de dos volúmenes de «Lettres inédites», merced al esfuerzo y la inteligencia de C. Capmas y, ahora, con la última y novísima edición de M. Galimard, después del descubrimiento sensacional, en un castillo de Borgoña, de un cuaderno en donde aparecen copiados, en su texto íntegro, las famosas cartas, libres de las correcciones y expurgos que hiciera en ellas, por orden de la marquesa de Sevigné, madame Pauline de Simiane —en su vejez, jansenista muy severa— el «chevalier» Perrin, y repitieron sucesivas ediciones en el XVIII y XIX.

ceridad: «¡Qué de cartas he recibido! Eso es muy agradable, pero el contestarlas... ¡Dios mío, qué trabajo! ¡Y los sellitos! ¡Qué inútil gasto!»

Una de estas cartas de Fernán Caballero, que transcribimos a continuación, está dirigida a Hartzenbusch. (Es curioso cómo en la variada y abundante colección de cartas de Fernán del P. Valencina, no hay ninguna a Hartzenbusch). Fernán sentía mucho afecto por don Juan Eugenio. Azorín comentó cómo «el caso» de ambos era muy parecido: los dos, hijos de alemán y de española. Hartzenbusch prologa una de sus obras (46) y, según sabemos por esta carta que publicamos, le brinda «una idea hermosa»: trabajar sobre las «poesías cultas, inéditas o poquísimas conocidas que han pasado al dominio del pueblo». Indicios de una correspondencia muy interesante, que sobre «éste y otros puntos literarios» mantendrían los dos durante algún tiempo.

Fernán Caballero le presenta al hijo de una buena amiga suya: Gonzalo Segovia, joven de una modestia sincera y no afectada, que no pertenece al grupo que cree que para «ser autoridad» o crítica literaria, «se necesite como para bailar la polca tener pocos años» —y he ahí un pensamiento de Fernán muy sugestivo—, y que, una vez terminada su carrera, marcha a Madrid.

La carta expresada dice así:

«Sr. Don Juan Eugenio Hartzenbusch

p. m. g. a.

«Con cuanto placer he recibido y he leído su grata. Ya sabía por mis hermanas que habían tenido el gusto de ver a Vd. Agradezco a Vd. que me diga que las hallaba tan bien, pues me prueba los benévolo y misericordiosos ojos con que las ha mirado, pues sé por desgracia cuán mal ha tratado París a Aurora que está delgadísima y poco bien de salud...»

«Me ha dado Vd. una idea hermosa —prosigue— que acojo con afán, sobre las poesías cultas, inéditas o poquísimas conocidas que han pasado al dominio del pueblo; más sobre éste y otros puntos escribiré a Vd. más adelante. Esta que escribo de prisa, sólo sirve para introducir con Vd. a un joven hijo de una querida y amable amiga mía, Gonzalo Segovia, que pasa a esa para cursar sus últimos años de leyes. Desde luego notará Vd. sus poco comunes conocimientos literarios, su buen gusto, al que se une una modestia que es sincera y no afecta, la que le han respetado las autoridades consagradas por sus méritos, por la Academia y la opinión pública, y no es de la nueva *reunión que cree* (las palabras subrayadas son muy difíciles de leer y están algo borrosas) que para ser crítica literaria y ser autoridad, se necesita como para bailar la polca tener pocos años. Desea, pues, Gonzalo Segovia tener el gusto de conocer a Vd. y como sé que Vd. lo tendrá en conocer a un joven cuyo saber, con-

(46) «Una en otra —Con mal o con bien a los tuyos ten» — un tomo en octavo. Vid: «Obras Completas de Fernán XX».

ducta, carácter y talento lo hacen tan simpático como apreciable, le doy esta carta que es el vivo contraste de la de Urias (?), puesto que le proporcionaría lo que tanto desea.

Escribo mal y deprisa, porque me duele mucho la cabeza. Perdóname Vd. y créame su más agradecida y mejor amiga

Cecilia».

La carta está fechada en 6 de septiembre de 1863. Fernán vive, intensamente, una época, en la que —como escribe uno de sus biógrafos— «prefiere ocuparse de los demás a hablar de sí» y «acribilla a cartas a sus amigos de la Corte —Cañete, Ochoa, Fernández Guerra—, para que le den un puesto a Fulano, o activen la concesión de una pensión a Zutano, o impidan que destituyan a Mengano; burlándose de su constante pedir, apoda a Cañete Auxilium Cesantium, suele firmarse Fernán Majadero y con bromas y ruegos consigue que atiendan a sus numerosos protegidos». Fernán Caballero es tan amable para con los amigos que le pide algo, que, algunas veces, comprende que molesta en demasía a sus relaciones influyentes en Madrid; pero en ella era esto —el pedir para los que lo necesitarán— como un deber. «La delicadeza, me decía con su dulce voz: calla y no molestes; y el deber, me gritaba con su áspera voz: habla, ora, suplica, sacrificate, para hacer bien a quien debes hacerlo. He escuchado el deber, amigo mío...» —escribe en una carta a Cañete.

El 6 de octubre del mismo año, 1863, entrega la carta de presentación a Gonzalo Segovia para Hartzenbusch. Es muy parecida a la anterior. Fernán reconoce en ella algo especial, «un instinto» que le permite conocer «la superioridad aún en su aurora». Los «instintos» de Fernán son finísimos y sobrecogedores. En carta al conde de Casal, en el año 1852, leemos: «Hay un instinto en mí (porque no le puedo dar el nombre de sentimiento razonado, ni menos fundado) que me lleva a estremecerme en pensar que se dijese: Esto no es verosímil como el más amargo anatema. El poetizar la verdad, que es todo mi afán y mi alta moral...» (47).

«Mi muy querido amigo —comienza la citada carta de presentación dirigida a Hartzenbusch—. Pasando a esa, el dador de estos renglones, y apreciándolo todo lo que vale, esto es, muchísimo, he deseado proporcionarle una de las cosas más gratas que puede hallar en esa Corte: este es el conocimiento y trato con Vd.

Vd. sabe que tengo don, instintos o corazonadas para conocer la superioridad aún en su aurora, y por lo tanto graduar lo que suma su aprecio a un joven sin que sea merecedor del aprecio de todos.

(47) «Poetizar la realidad sin alterarla: este es su lema», escribe Guillermo June-mann, en su «Historia y Antología de la Literatura Española», 1928. Herdre. Friburgo. Tercera edición.

Me duele la cabeza gracias al trajín de mi mudada arriba y el calor que aún tenemos en Sevilla, por lo cual no soy más larga.

Y sólo añadiré que mi joven amigo Gonzalo Segovia, cuyo padre goza de una brillante e independiente posición, no va a Madrid a solicitar nada, sino a concluir el último año de Leyes en aquella Universidad, y allí disfrutar del buen trato de aquella sociedad.

Páselo Vd. tan bien como lo deseo la mejor de sus amigas

Cecilia».

Del 30 de enero de 1869 hay otra carta con la siguiente dedicatoria:

«Sr. Don Gonzalo Segovia (hijo) BLM sss. y a. F. C.» Dice así:

«Señor y amigo mío:

Mientras más lo he pensado más me ha extrañado e incomodado la conducta del librero, el que sin autorización mía, exige el precio de los libros, de manera que (y así se lo exigiré) si no hubiesen sido los corresponsales de Vds. unos caballeros cumplidos no habrían abonado el importe, y en cuanto a mí me ha puesto en un compromiso, que a no ser por Vds. tan amigos míos, me hubiera podido proporcionar un bochorno.

Por todo esto pido a Vd. mis excusas, y ruego a Vd. recoja el dinero desembolsado y las costas.

Dando a usted las gracias por todo en nombre de las Escuelas y mías, queda de Vd. su más amiga y s. s. q. s. m. b.

Fernán Caballero».

La última carta que comentaremos y daremos a luz, va dirigida a la «Excma. Sra. Marquesa de Casa Segovia, D. S. A. F. C.» (Aquí, hay un error: no era Marquesa, sino Condesa). Aparece fechada, como las demás, en Sevilla, y aunque no se indica ni el día, ni el año en que se escribe, por comparación de términos y noticias con otras que envía Fernán, podemos situarla hacia 1876. Verbigracia: la mala nueva de estar «acabando» Juan María Colón, o la de que Diego Benjumea se encuentra enfermo. En carta a Matilde Pastrana, de diciembre de 1876, leeremos estas mismas noticias también: «Mucho he sentido lo que me dices de quedar acabando Juan M. Colón. ¡Otro que se va! Eso es terrible», o «Diego ha estado bien malo y muy aprensivo», etc.

En 1876, Fernán Caballero vive en el Alcázar de Sevilla, en un «rinconcito». «¡Ay, que bien se vive y se descansa en mi rinconcito del Alcázar, con solo un hueco en la calle y ese muy alto!» (en carta de 1866). En su alcoba se oye muy poco de afuera. «En mi alcoba no oigo nada, ni viento» (en otra carta de 1876, a M. Pastrana). Allí, Fernán con sus «babuchas forradas de piel», sentada al lado de un «calentadorcito de hierro», tocada con su cofia blanca, abre y escribe cartas, muchas cartas. Disfruta de una suave tranquilidad, que como —dijo ella una vez— «es el mejor algodón en que mejor se guarda la inapreciable joya de la felicidad». Alimentada con sus recuerdos, Fernán vive tranquila y calladamente. «Encontrábase la de continuo en su gabinete, hundida en su pol-

trona de raso verde, leyendo siempre algún libro colocado en un atrillillo giratorio, y trabajando al mismo tiempo en hacer calceta, que, luego, daba a los pobres» —como la ve el P. Coloma, una tarde, en Sevilla.

De vez en cuando, con las cartas que recibe vienen unos regalillos para esta pobre y gloriosa anciana. En la carta a la condesa de Casa Segovia, agradece el regalo del thé. Pero en otras muchas, también da las gracias por pequeños y deliciosos obsequios. Unas veces, son uvas que le manda Pastrana, de Sanlúcar, «obsequio magno». Graciosamente, escribe Fernán: «Si oye usted decir que Fernán Caballero feneció de una atragana de exquisitas moscateles, puede decirse a sí mismo: «Yo la maté». (48). Un domingo por la tarde, en la Cuaresma, declara haber recibido «huevos de gallinas, un pedazo de hermoso salchichón y una pierna de pavo»; en otra, exquisitos «damascos». Pero ella necesita de muy poco para vivir. Fernán Caballero es, en todo, de una modestia ejemplar. En esta carta a la condesa de Casa Segovia, la veréis llamarle a sus novelas «pobres obrillas». «Mis novelas, señor, como novelas valen bien poca cosa» —leemos también en una carta de 1859. Y en otra, de 1860: «Se me ha dado un valor ficticio que no tengo». Los ejemplos serían innumerables y no harían más sino remarcar la encantadora modestia de Cecilia Bolh.

Además, con cuánta gracia dice que ha sufrido «una arriada de bilis». Una «arriada» que ella describe en las cartas a sus amigos, maravillosamente. Así, en 1876, a Matilde Pastrana: «La calle era un manso río. Tres días estuvimos del todo incomunicados, que no he pasado días más tranquilos». Ya el P. Valencina hizo observar cómo en sus cartas finales, de los últimos años de su vida, «campean más la chispa y la amenidad literaria». Verdaderamente, son deliciosas e inesperadas. «Un fenómeno, al parecer sencillo —vuelve a comentar el P. Valencina—, pero que no lo es, se nota en las cartas de Fernán, que generalmente las empieza y acaba siempre de un modo distinto. Lo cual prueba la exuberancia de su léxico y lo raro y peregrino de su ingenio». Desde luego, en todas resplandece su enorme facilidad de palabras, de frases hechas, que le barbotan, que le salen, desbordadas e incontenibles, de su pluma. ¡Y si esto ocurre en su correspondencia privada, a qué decir las que aparecerán en sus novelas! Hay, en estos casos, ejemplos que maravillan. Sin bucear mucho entre sus páginas, he ahí uno, cualquiera, escogido al azar: «sin ton ni son, al buen tun tun, a tontas y locas, a ojo de buen cubero, a la buena de Dios, a cara y cruz, a manera de palo de ciego». (49). La relación se haría sorprendente y larguísima. Pues, a esta milagrosa facilidad, a este incalculable depósito de palabras castellanas, unid una paleta vivísima y valiente, de brochazos calientes y sintéticos. «Utrera es

(48) Escrita en 1858, y como casi todas las cartas que citamos, incluidas en la colección del P. Valencina

(49) En «Doña Fortuna y Don Dinero». Cómo repartió sus favores Doña Fortuna.

una torta blanca sobre una batea verde» —aparece en una de sus obras y las palabras pintan, con una energía plástica enorme, al paisaje

Pero volvamos a la mencionada carta a la condesa de Casa Segovia, que copiamos:

«Querida amiga:

Perdone Vd. no haberle contestado, y dándole las gracias por el thé cuya calidad y cantidad son, como venido de sus manos, de lo mejor y generoso; pero no he podido por sorprenderme tal arriada de bilis, que dejé atrás las que ha sufrido Sevilla.

Me causó tal debilidad que he estado tres días sin poder moverme, y aún hoy me es imposible aplicar largo tiempo la vista ni la cabeza, pero estoy mejor.

Qué amable es Gonzalito Arco en poner precio a que yo emborrone, y el interés por mis pobres obrillas, como también en favor de aquellas admirables ermitas, pusiese sus graciosos versos que tan admirablemente las elogian. Me favorece mucho deseando conservar un ejemplar que con mil amores y mil gracias por habérmelo tan finamente pedido le remito.

Matilde me escribe que Juan María Colón estaba acabando. Qué de sepulturas nos deja en memoria este dicho año.

Espero que tendrá Vd. buenas noticias de todos los ausentes y que pronto se reúnan.

Diego Benjumea está, desde algunos días muy aliviado, por lo cual, por ahora, no necesita hacer uso de la receta tan útil que ha tenido la bondad de enviarme, por lo que apresuro a devolvérsela dándole las gracias.

Esta es una esquila con honores de pesada carta, pero hablando con Vd. o escribiéndola corre el tiempo y la pluma a gran velocidad.

No olvide Vd. su promesa de ejecutar una de las obras de misericordia, viniendo a ver su más sincera amiga

Fernán».

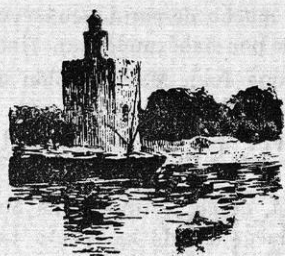
¡Una «obra de misericordia» el visitar a una de las ancianas más finas y más encantadoras que han existido nunca!

Creedme, y perdonadme la insistencia, pero es una delicia el saber, por ella misma, de su vida, de su casa, hasta de su jardincito: «¡Si vieras mi jardincito! ¡Qué verdecillo está!» El conocer el tiempo a través de sus cartas. Así, del verano de 1860: «Tenemos un verano fresquísimo desde el eclipse». «El eclipse, tonto y pesado, es obra de la sosa de la luna» —aclara, luego.

Ella, lo vé y lo comenta todo con una gracia y una frescura inigualable, estando, como vive, quieta y recogida. «El invierno es bueno para estar quieto y el verano lo es para menearse» —nos dice en 1864, casi como una confidencia.

Solo que, de improvviso, inmóvil desde su camilla (50), levanta su cabeza, mira al cielo gris, y siente una nostalgia dulce y reposada. «¡Si estuviese hoy en Sanlúcar —escribe en noviembre de 1865— tendría gusto en liarme en un buen abrigo e irme a la playa, a mirar, cara a cara, al mar!»

JESUS DE LAS CUEVAS.



(50) Fernán Caballero, en sus años de esplendor, como Marquesa de Arco Hermoso, encendió en sus salones una de las primeras chimeneas que hubo en Sevilla —según Angélica Palma— en su mencionada biografía. Pág. 94.